

“Felicidad”.

Primera parte.

Jueves 25 de enero de 2007

Viernes 18 de mayo de 2007

Una historia larga en forma de relatos cortos.

Publicada en

www.cuentamealguncuento.blogspot.com

Por

Roberto Miquel Angulo

Liberado bajo licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>



Compilación y formato por Nacho, 28 de mayo de 2007

Capítulo 1

Los templos se abandonaron. En algunos países se destrozaron. Religiones olvidadas y sus libros quemados. La Iglesia Católica aprovechó para explicar a su dios. Los islamistas recurrieron al nombre que había elegido para decir que era Alá. Los budistas, jainistas y muchas otras creencias orientales predicaron el cese del samsara, y la llegada del nirvana definitivo. Todos ellos intentaron aprovechar la situación, pero ninguno lo consiguió. ¿Cómo pretender que se crea en un dios si todos podemos ver a otro distinto?

La llegada de Mas'ud significó el final de una época, y no era sólo un eslogan, sino una realidad. Decidió aparecerse ante todos a la vez, ante los que soñaban y ante los que estaban en vela, ante cualquiera de ellos. Y Mas'ud les dijo a todos ellos que era un dios. No Dios, no algo todopoderoso que había creado la existencia. La existencia le había creado a él, pero era un dios. No era el alfa y el omega, el principio y el fin, y no conocía todo lo que iba a suceder y lo que había sucedido (aunque lo intuía), pero podía cambiar la vida de cualquier ser vivo. Podía dar respuestas.

La respuesta humana sí fue inmediata. La religión a Mas'ud (que, pese a la semántica clásica no se llamó masudismo, sino simplemente *el masud*, y a sus seguidores *los masuds*) se extendió en pocas horas por todo el mundo, y las enseñanzas de Mas'ud, que fueron dadas a todo aquél que las pidió, predicadas por cualquier medio.

El nuevo dios eligió ese nombre por dos motivos. Quiso que fuera árabe porque las religiones más extendidas en ese momento habían partido de allí. Quiso que fuera Mas'ud porque significaba afortunado, feliz. Y ese era el pilar de su éxito...

Él no prometía la felicidad de ningún modo específico. Lo único que pedía era que le veneraran y le agasajaran, pero no le importaba la forma. A cambio te daba la felicidad, simple y llana. No te cambiaba la vida para que fuera lo que quisieras en ese momento, sino que te hacía ser feliz con aquello que tuvieras. Si aceptaban a Mas'ud, los pobres que no tenían dinero para vivir eran felices de ese modo; los hambrientos pasaban hambre, pero eran felices; Y así el mundo se convirtió en un lugar de hombres felices: sin guerras, sin odios, sin violencia... Sólo felicidad.

Pero, ¿qué historia se podría contar en un mundo donde TODOS fueran felices? ¿No sería la vida de cada uno de ellos la misma?

Ernst Dietrich era uno de los pocos humanos que no habían aceptado a Mas'ud. Vivía en el mismo lugar que antes de la llegada del dios: el centro siquiátrico Fletcher. Era esquizofrénico. Aquel centro, como la gran mayoría de ellos, no había sido abandonado. Los médicos y cuidadores eran felices trabajando allí, aunque no impedían que salieran del centro los locos. *Locos*. Ahora sí que lo estaban. Tenían la felicidad a su alcance, al siguiente paso, en sus narices, y no la aceptaban. No todos ellos rechazaron a Mas'ud, pero los que lo hicieron eran más locos que nunca. Locos que contradecían a la sociedad, porque en el fondo eso es lo que hacen los locos: ser

distintos. Ven el mundo de otra forma, y al no ser ésta la forma generalizada, se les considera chiflados.

Así, Erns Dietrich, no aceptó a Mas'ud cuando le prometió la felicidad. Así siguió con su esquizofrenia, con su vida de tarado, en un mundo donde todos eran felices. Un mundo donde ninguno le miraba mal pese a que, por primera vez en su vida, estaba realmente loco.

Pasó varios meses en su habitación, con una apatía total. Olvidando el resto del mundo, y olvidado por el resto del mundo. Pero al final decidió salir.

Durante un tiempo todo siguió igual. Todos los felices hacían lo que estuvieran haciendo antes de la llegada de Mas'ud. Los negocios y el transporte continuaba igual, y la vida de cada uno de los habitantes de cada lugar del planeta era la misma, pero con la felicidad absoluta. Hasta el crimen continuaba. Pero cuando alguien que era feliz terminaba lo que estuviera haciendo no tenía ningún otro objetivo. El arte desapareció por completo, y el paro era cada vez mayor, pero a nadie le importaba.

Al menos las tabacaleras seguían haciendo tabaco.

Lewis paseó por Central Park mientras abría su paquete de tabaco. Por un momento se olvidó de que había aparecido un dios ante la humanidad. Las familias estaban juntas, disfrutando de aquel domingo, los puestos de perritos seguían funcionando, y los barcos teledirigidos llenaban Turtle Pond como era habitual.

Pero había aparecido un dios. Qué distinto habría sido todo si no hubiera prometido la felicidad en un abrir y cerrar de ojos. Se imaginaba los documentales en la televisión, y las entrevistas. "Hoy, en el Late Show de David Letterman... ¡Mas'ud, el primer dios que sale del armario!".

Salió del parque. Recordó su impresión ante esa voz. Era imposible pensar que no era un dios. Recordó que dormía, y que le despertó. Y no sólo le despertó, sino que le dijo que fuera feliz. Como si no pudiera serlo por méritos propios.

En vez de darle la felicidad, Mas'ud se la había robado. Había perdido a su mujer y a su hijo. Se habían convertido en zombis. En cosas. Siempre nos han enseñado que los demonios son quienes roban almas, pero aquel dios había conseguido un contrato masivo de almas, a cambio de la más vacía vida.

Se dirigió por la calle 60 hacia el este. ¿Qué habría pasado con la gente famosa? ¿Quiénes le habrían dicho que no? Lewis le había dicho algunas cosas poco agradables, pero podía imaginarse a alguien diciendo que no sin ninguna floritura de mal gusto.

Empezó a subir la cuesta del puente Queensboro. ¿Cuánta gente como él quedaría en el mundo? ¿Un uno por ciento? ¿Menos? Seguramente menos. Aristóteles tenía razón: la felicidad es el fin último del ser humano. Ahora se acabó todo. Con suerte sobreviviremos unos pocos y montaremos una pequeña comunidad de gente infeliz.

Cuando los ejércitos felices se extinguieran podríamos llevarles la guerra. Sería fácil: ellos seguirían igual de felices, y seguro que su dios no haría gran cosa.

Mientras seguía esa dirección, espacial y en sus pensamientos, Lewis estaba encontrando un objetivo vital en una tierra seca, extinta. Ninguno de los corazones vacíos que habitaban el mundo ahora tenía objetivos, y tampoco podían servir para inspirarlos, pero aun quedaban más como él. Aun quedaba un esquizofrénico que acababa de salir a vivir.

Lewis le vio en la barandilla del puente, mirando. Se preguntó qué habría estado haciendo antes del día D. Seguramente habría estado a punto de suicidarse, y ahora que era feliz así no quería alejarse de la posibilidad de morir repentinamente, pero tampoco tenía razón por la que morir.

Pasó de largo hasta que entendió lo que acababa de ver.

En la camiseta del hombre de la barandilla había un eslogan que Lewis reconocía. Su hermana Cara había estado ingresada ahí. El centro siquiátrico Fletcher. No era uno de aquellos locos felices, sino un loco clásico. No le dio tiempo a reaccionar. Cuando se dio la vuelta aquel desconocido, Ernst Dietrich, de familia holandesa, había saltado a las aguas de East River.

Una de las personas más cuerdas que quedaban acababa de suicidarse, y los demás transeúntes continuaban sus vidas como si nada hubiera pasado. Como si nadie hubiera muerto. Los ojos de Lewis gotearon.

- ¡Qué coño os pasa! ¡¿No lo habéis visto?! ¡Ha saltado! ¡Está muerto!

Pero había cambiado tanto su forma de pensar que ni siquiera recibieron los gritos con esa mezcla de temor e intriga que mostraban cuando un desconocido, un cualquiera de la calle, empezaba a gritar o a montar cualquier tipo de escándalo.

Nada.

Las piernas empezaron a temblarle y tuvo que sentarse. Lloró, por primera vez desde que robaran la esencia humana, Lewis lloró.

Capítulo 2

Hacía tiempo que no escuchaba quejas, insultos o suspiros de desprecio. Hacía tiempo que no dejaba de estar borracho. Se había quedado sin dinero a la tercera copa, pero durante cuatro días seguidos continuó pidiendo más y más, y después comida, sin abandonar el bar, durmiendo con la cabeza empotrada en la barra. ¿Cuánto duraría su suerte? Al camarero no parecía preocuparle la cuenta, que no dejaba de aumentar.

Los detalles de la vida de John Turner eran pequeños fragmentos diseminados en litros de alcohol. Recordaba una mujer. Recordaba un hijo, o quizá una hija. Recordaba un trabajo y unos amigos. Un bar... no este bar. Recordaba un coche y una tele. Y el cine. Recordaba que le encantaba ir al cine. Pero ya no le encantaba.

Y recordaba el whisky, el vodka, la cerveza, el tequila, el vino, el ron, el bourbon, la sidra, el aguamiel, el absenta, la ginebra, el orujo, la grappa, los cócteles y los chupitos, el champán, el brandy, el singani, la chicha, el tepache, la pinga. Y los pequeños cubitos de hielo.

Eso era su vida ahora. Eran sus amigos, su televisión, su chica y su trabajo.

Después de cuatro días bebiendo constantemente, dos cervezas un poco seguidas bastaron para desplomarle.

Concepción Montes, Cony, había pasado toda su vida en Nuevo Progreso. No era una de las ciudades más importantes de Tamaulipas, pero era su ciudad. Acogedora como un pueblo. Extraña como una gran ciudad.

Toda su vida había sido feliz, hasta que llegó la felicidad.

Adoraba su vida. Tan... perfecta para lo que quería. Tenía sus malos momentos, como cualquier adolescente, pero esos momentos servían para realizarse en los buenos. No se quejaba de ellos. Pero con Mas'ud en las mentes de toda la ciudad todo había cambiado. Aunque se podría decir que nada había cambiado, y ése era el problema.

Ella le dijo que no respetuosamente. Le dio las gracias por el ofrecimiento. Ya era feliz, ¿para qué le necesitaba? Y como venganza aquel dios le había destrozado su vida. ¿No quería cambio ese creído? Pues si para ser feliz tenía que cambiar, que moverse, que huir, lo haría. No iba a dejarse amargar por un barbudo incandescente.

Recogió cosas de su casa, cogió bastante dinero a sus padres y se fue, después de dejar unas notas en su cuarto para su familia, por si algún día recuperaban la cordura.

Hacia el norte. Hacia los Estados Unidos de América.

Leeland Trinder y Paul Russeld

- Paul, Paul. Escúchame.

Paul se encontraba en la treintena. Tenía el pelo negro y le gustaba vestir de forma elegante.

- Estás diciendo que el efecto que ha producido Mas'ud ha sido beneficioso para la humanidad. ¿Cómo quieres que te escuche?

Leeland tenía la misma edad. Fueron compañeros de clase durante varios años, y nunca dejaron de tener contacto. Contraponiéndose al estilo de su amigo, Leeland no se preocupaba por cómo vestirse. Llevaba jerséis y vaqueros. Siempre. No vivía nunca en sitios demasiado cálidos, así que en verano siempre podía ponerse un jersey fino.

- Sí, sí. Escúchame. La humanidad estaba estancada, pudriéndose. Cada día moría muchísima gente, pero no la suficiente como para que la sobrepoblación dejara de ser un problema.

- ¿Y ha cambiado algo ahora?

- No inmediatamente. Pero ya se pueden ver los efectos, y se pueden deducir con mucho acierto los siguientes. Todo el mundo es feliz con lo que estuviera haciendo antes. El problema es qué pasará después. ¿Cuántas familias crees que quedarán con la intención de tener el máximo número de hijos posibles? Al fin y al cabo, Mas'ud ha sido una solución pacífica para un problema que no tenía solución pacífica.

- No comprendo por qué le defiendes. De verdad. No puedo entenderlo.

- No le defiendo. El tío es un cabrón. Pero hay que ver la parte positiva. Es una nueva oportunidad para los que quedemos, teniendo fe en que no sólo seamos nosotros dos.

- Dos *snoobs* yanquis que pasan su fin de semana en París.

Paul y Leeland eran músicos. Antes de la llegada del dios habían arrasado en las listas de Inglaterra con su disco *Digital Radioactive Seagulls*. En EE.UU. no consiguieron gran aceptación. El grupo se disolvió cuando los otros tres componentes decidieron ser felices.

- De todas formas, ¿cuál es tu precioso milagro? ¿Volver a la edad de piedra?

- Por favor, Paul. La gente que sobrevivamos no vamos a ser precisamente estúpidos. Seguro que quedan científicos que consiguen estabilizar la caída tecnológica que se producirá en poco tiempo. Y piénsalo, con la poca gente que quedaremos el dinero dejará de ser importante. Lo tendremos. Tendremos todo lo que quede. Tendremos lo que queramos, y con ello podremos empezar de nuevo, habiendo aprendido algo.

- Creo que eres demasiado optimista. ¿Y si los bebés que nacen se vuelven masuds instantáneamente?

- Entonces nos iremos a tomar por culo todos. Pero no creo que a Mas'ud le convenga que muera la humanidad. Dejaría de tener su dosis de rezos.

- Suponiendo que entiendes a un dios.

- Ya lo verás, Paul. Te apuesto el futuro de la humanidad a que de aquí sale algo bueno.

- Vamos a coger el avión. Invito yo.

Mientras Paul y Leeland se levantaban para recoger la televisión emitió unos sonidos de pelea.

En la pantalla se veía a una periodista golpeando con bates al presentador y dirigiéndose al público.

- ¡Jodidos estúpidos! Os han drogado, ¿no lo veis? Estáis muriendo por conseguir nada. ¡Despertad estúpidos!

La seguridad de la cadena consiguió quitarle el bate y tirarla al suelo. El presentador, con un gran golpe en la cabeza que le llenaba la cara de sangre, siguió con las noticias, pero antes de decir dos frases coherentes se desmayó. Más tarde murió.

Capítulo 3

Tuvo que terminar. Era imposible seguir así, aunque el pasado hubiera sido tan... cálido.

Quizá fue la edad, pero Julia siempre pensó que había algo más en su relación. Que no era como las demás, o al menos no como la mayoría de ellas. Una chispa, un fuego y de pronto el agua. Y humo.

Y habían durado tanto, sin los problemas de las relaciones jóvenes. Desde los 16, hace ya 8 años.

Durante la noche, un ladrón sonriente, un bufón con piel de serpiente, arrancó de la cama el ardor de dos amantes, y cuando despertaron eran extraños. Él quería seguir, era feliz. Pero acabó con su corazón.

En una misma noche perdió el amor y la felicidad. Se consolaba pensando que había ganado humanidad.

Y así dejó España, su país de siempre, con el corazón lleno de tiritas, y huyó a la ciudad del amor. París.

El odio, como una mancha solar, revolviéndose, explotando, volviendo a nacer, ocultando.

El odio como respuesta a la alegría.

El odio como respuesta a la indiferencia.

El odio de Fabien Chevalier, abandonado, olvidado, que causa la venganza.

El odio que le lleva a subirse a un avión.

La indiferencia que le permite pasar con una pistola.

El odio que le guía.

- Hay algo que no entiendo sobre lo que has dicho antes.

Leeland Trinder y Paul Russeld se encuentran sentados en los cómodos y acolchados asientos de un avión. Había salido con retraso. Quizá sólo sea la felicidad que provocaba crear un retraso sistemático en los vuelos. Pero ya estaba en el aire, dirigiéndose hacia el Atlántico.

- Has dicho que gracias a que la gente está muerta por dentro, gracias a que todos ellos morirán físicamente dentro de poco porque han perdido su sentido de la supervivencia...

- En realidad eso no lo he dicho, pero es un buen punto.
- Gracias a todo eso, los que hemos sobrevivido, podremos crear un mundo mejor y todo eso.
- Más o menos. Sin el toque peyorativo.
- Pero también has dicho que uno de los mayores problemas era el exceso de población.
- Sí.
- ¿Cómo lo evitaremos ahora?
- ¿Comiendo niños?
- ¿Esa es tu solución?
- No, no. Es sólo que... No sé. No tengo ni idea. Antiguamente el bajo nivel de medicina y cuidados personales eran uno de los mejores controles. Y las guerras. Esas sangrientas guerras. Si algún médico ha sobrevivido, cosa que dudo, podríamos matarles a todos.
- ¿No tienes ninguna solución éticamente correcta?
- No lo digo tan en coña. Los médicos son un enemigo de la naturaleza. Para el humano está muy bien que existan, y que avancen sus investigaciones para que podamos vivir mejor y más tiempo, y para que se salven nuestros amigos y familias, pero pensando como colectivo natural...
- Colectivo natural...
- Sabes qué quiero decir. Si pensamos como colectivo natural, la medicina es la peor de las enfermedades. Sin medicina no habría existido la sobrepoblación.
- Quizá tampoco habría existido la superioridad humana. ¿Poner una tirita es medicina? ¿Desinfectar una herida? Si no hubiéramos tenido ninguna forma de curarnos un poco quizá no habríamos podido pasar de los primeros siglos de mente racional.
- Quizá. Tampoco habría que erradicar al cien por cien la medicina. Además no podríamos evitarlo. Todas esas técnicas sencillas las seguiríamos haciendo, pero nada que necesitara estudios.
- ¿No nos llevaría eso a lo mismo a la larga?
- No necesariamente. Fíjate en los pueblos nativos de América. Los del norte. Tenían una medicina bastante más avanzada que la de Europa en ese momento, pero tenían

otra conciencia como pueblo. Estaban más ligados a la naturaleza, y aunque su esperanza de vida era mayor que la del resto del mundo no tenían problemas de población. Hasta que llegamos nosotros y la jodimos. Pero la medicina moderna, nuestra medicina, no tiene ese respeto por la naturaleza. Nos hemos convertido en amantes de las máquinas. Las construimos, escáneres y todas esas cosas de hospital, con un alto coste de contaminación. Seguramente hasta las jeringuillas tengan un alto coste de contaminación.

- ¿Y crees que se olvidará ese progreso, que podremos ser como los pueblos indios de Norteamérica?

- No. Seguramente estemos condenados por culpa del progreso. No sé por qué la gente lo considera algo...

La conversación de Leeland y Paul se interrumpió por los gritos de un pasajero. Era algo extraño en esa época, que alguien gritara. No era ninguna sorpresa que, aunque un hombre estuviera en el pasillo con un arma gritando algo en francés, el resto de pasajeros siguiera disfrutando del periódico o el desayuno.

El hombre armado corrió hacia la cabina del piloto, mientras Leeland y Paul se mantenían atónitos. Incluso cuando el avión empezó a caer, como si hubieran hecho un giro demasiado brusco hacia la izquierda, con el suelo francés amenazando con estrellarse contra el avión, los dos americanos seguían sin creerse lo que ocurría.

Hasta que el suelo estaba demasiado cerca de ellos. Se miraron. Dos segundos. Y se pusieron el cinturón de seguridad.

Y el suelo pasó de largo, y llegó el mar.

Y mientras dos americanos, un francés desesperado y unos cuantos masuds estaban a punto de estrellarse, Concepción Montes cruzaba la frontera de México, para poner su primer pie en suelo estadounidense.

Y mientras Cony cruzaba al país de los gringos, Lewis Mitchell embarcaba, con destino a Europa, en un barco que contaba con cuatro pasajeros. Tres de ellos era una familia, que había hecho la reserva el mismo día que Mas'ud revolvió el mundo. El cuarto pasajero era una mujer, de 57 años, que había decidido pasar su vida sin la felicidad prometida.

Y mientras Lewis se preparaba para cruzar un océano con extraños acompañantes, Julia Quintana veía la Torre Eiffel desde su autobús, mientras empezaba a adentrarse en París.

Y mientras Julia huía de su vida para darse otra oportunidad, Fabien Chevalier veía aterrado cómo iba a morir, desde la cabina de un avión.

Y chocó. Pero, y puede haber muchas explicaciones para este hecho, quizá el destino, quizá la suerte, Fabien no murió en el accidente. Se abrió la cabeza, pero fue un golpe ligero en la ceja, que sangró más de lo que en realidad fue.

Después de que se recuperaran de la conmoción, o cuando el avión empezó a hundirse por la abertura del fuselaje tras el impacto, Leeland y Paul se quitaron los cinturones y cogieron los flotadores. La constante información de las azafatas sobre su localización había servido para algo. Paul corrió a la puerta, pero Leeland se quedó mirando al resto de pasajeros, que seguían sonriendo. Vio a una adolescente comiendo del suelo, intentando acabar el desayuno. Un señor mayor, que no había podido contenerse pese a su felicidad, y había soltado su vejiga, había recogido algunas páginas de una revista para continuar su lectura.

Leeland no pudo resistirlo y se echó a llorar. Gritó, furioso, con lágrimas, insultos contra todos ellos, hasta que Paul, que había abierto la puerta, le recogió para llevarle a la salida. Pero seguía furioso, y recordó el porqué del accidente.

Corrió a la cabina y apartó la puerta, que estaba ya destrozada, y vio al francés kamikaze. Le agarró por la camisa y le gritó a él, hasta que se despertó, llorando, y dijo algo en francés que Leeland no entendió. Le levantó y le ayudó a salir del avión. Paul estaba cogiendo los flotadores de todos los asientos, y le dio uno al francés. Con los demás había conseguido crear un flotador más grande.

Y se lanzaron a la mar, con la esperanza de no estar muy lejos de la costa y que la corriente les fuera favorable.

Capítulo 4

Estar en Ha-Shalshale le ponía enfermo. Aquella calle rezumaba judaísmo por cada edificio, cada tienda y cada milímetro de suelo. Esta era su ciudad, no la de los judíos. Y a nadie le importaba. Se la habían regalado. Les habían compensado lo que les hicieron unos pirados en Alemania robándonos nuestra tierra.

Ramala no significaba nada. No era capital de nada. Jerusalén era su capital, y esos apuestos judíos la seguían ensuciando, con sus amigos americanos. Y a ONU lo ignoraba, miraba a otro lado. Y la Autoridad Nacional Palestina seguía intentando hablar con esos ladrones. Seguían pensando que llevaría a algo. Pero sólo miraban, allí en las Naciones Unidas. Miraban, hablaban, pero no participaban en las decisiones. "Observadores" les llamaban. Sólo había una solución posible para acabar con la ocupación de Israel.

Los judíos podían pensar que eran el pueblo de Dios, pero les acababa de vender a sus enemigos. Mas'ud, el dios al que habían aceptado como su Dios. Estúpidos malnacidos. Pero era una señal para Palestina. Dios nunca había querido a los judíos allí, y les había enviado a ese falso portador de felicidad para que les aniquilara el alma. Ahora alguien tenía que aniquilar sus cuerpos.

Estando allí parado, Firdaus, con un rifle de asalto ruso AKM en la mano, sin intentar esconderlo, seguían pasando a su lado todo tipo de personas sonrientes sin mirar el arma.

- ¡Reíros ahora, hijos de puta!

Alzó el rifle mientras los transeúntes se giraban para verle. Parecía un espectáculo. Parecía que Ha-Shalshale se hubiera trasladado a Venecia. Padres con sus hijos de la mano, sonriendo. Parejas abrazadas, sonriendo. Ejecutivos mirando de reojo, sonriendo.

Y cuando las balas empezaron a atravesar sus cuerpos seguían sonriendo. Cuando una bala atravesó la cabeza de un niño pequeño, bañando a su madre de masa cerebral, durante menos de un segundo desapareció toda la felicidad del rostro de la mujer. Pero volvió, casi inmediatamente. Volvió a ser feliz; esta vez viendo el agujero craneal de su hijo.

Firdaus recargó y siguió disparando, hasta que no quedó nadie de pie. Y les vio a todos, tendidos con una sonrisa en sus caras. Les estaba matando. Estaba purgando la ciudad santa de Jerusalén de sucios judíos, y ellos le tomaban en broma.

Mientras remataba a los que se arrastraban para seguir haciendo lo que estuvieran haciendo les gritaba.

- ¡Palestina no os quiere! ¡Soy el enviado de Palestina! ¡Soy Palestina! ¡No quiero vuestra asquerosa sangre manchando mi ciudad! ¡Volved con quienes os quieran! ¡Volved con vuestros amigos yanquis!

George Walker Bush, 42º presidente de los Estados Unidos de América, dos veces gobernador del estado de Texas, antiguo manager de los Texas Rangers, había decidido volver a beber, después de 20 años. No quiere decir que no hubiera probado ninguna gota de alcohol en ese tiempo. Pero después de hablar con Billy Graham decidió no permitirse ceder nunca ante el alcohol, y lo había cumplido. Fue una muestra de carácter que le permitió mantenerse fuerte cuando las cosas iban mal. Cuando fue acusado de falsificar votos o de utilizar los sentimientos del pueblo americano para sus propósitos. Cuando todo el mundo se lanzó contra él, como si estuvieran en el colegio, burlándose de sus errores al hablar y de su pronunciación. Llegando a dudar de su coeficiente intelectual. Líderes del mundo como matones de parvulario.

Nunca había intentado manipular a nadie. Estaba seguro de que a él le habían manipulado, porque aunque no fuera un retrasado confiaba demasiado en su propia gente. Estaba seguro de ello. Pero él siempre se había movido por creencias. Férreas creencias. Creía en un mundo sin que el miedo constante a que te estrellaran un avión en la oficina te acompañara toda tu vida, un mundo seguro. Y se dedicó toda su vida política a ello. Él amaba América, y lo único que quería era proteger su país.

Para ello tuvo que tomar decisiones difíciles. Tuvo que provocar guerras, sabiendo lo que suponía eso para los civiles de los países que atacaba. Nunca entendieron su objetivo. Nunca vieron las cosas que hizo buenas. Sólo sabían quedarse con sus malas acciones. Se olvidaron de lo que hizo por la lucha contra el SIDA. Dieciséis mil millones de dólares destinados para la lucha contra el virus, más que el resto de países juntos. Nadie se acuerda de eso.

Y para colmo, ahora había perdido su país. Mas'ud era el terrorista más grande que había conocido América y el mundo. Cuando se le presentó casi se rió de él, y supuso que todos harían lo mismo. O al menos la mayoría. Claramente se equivocó. Su mujer y sus dos hijas. Su familia entera.

Así había vuelto a beber.

Pero aun así, aunque había incumplido la promesa que se hizo de no volver a beber, esa decisión que le mantuvo firme cuando lo necesitó, otra promesa surgía en su corazón.

Tenía que salvar los Estados Unidos. Tenía que salvar al pueblo al que pertenecía. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero estaba decidido a buscar la forma. Así dejó su hogar en Texas y se fue a buscar la respuesta en el país más grande sobre la Tierra.

- ¿Por qué le has cogido?

Leeland Trinder y Paul Russeld, junto a Fabien Chevalier, ven cómo se acercan a la costa francesa.

- No podíamos dejarle ahí. Aunque sea un gilipollas. ¿Entiendes algo de inglés,

gilipollas?

- Bastante, gilipollas.

- No me tientes a tirarte al mar.

- Tranquilo, Leeland. ¿Cómo te llamas?

- Fabien.

- No me importa tu nombre, quiero saber por qué lo has hecho... Fabien.

- No lo sé... Tenía... Era una sensación extraña. No sabía qué hacer. Sólo quería que la gente reaccionara.

- ¿Y quién coño quieres que reaccione? ¿Nosotros? Quizá seamos los únicos en el planeta que no somos jodidamente felices y nos quieres matar.

- Yo no quería matar a nadie.

- ¿Y por qué cojones disparaste al piloto, retrasado?

- Leeland, cállate ya. Me llamo Paul.

Aun estando en una improvisada balsa de salvavidas de avión, Paul le dio la mano al francés. Después, Fabien, se echó a llorar.

- Lo siento. Lo siento.

- Joder...

- Tranquilo. Ya da igual. Leeland cree que esa gente que ha muerto hoy ya estaba muerta. No entiendo por qué le molesta tanto a él.

- ¡Porque me quería matar a mí también! ¡Está loco! ¡Joder!

- No quería matar a nadie...

- Vete a la mierda. Mira dónde estamos. A saber cuándo podemos volver a casa. Espero que no todos los aviones franceses tengan locos suicidas dentro.

- Ya nos preocuparemos por eso luego. Vamos a ver si conseguimos llegar a la costa primero.

- Lo siento...

Bao Giang y Hoa.

- Hoa. ¿Eres feliz?

Se habían conocido allí, en la provincia vietnamita de Kon Tum, y habían vivido allí desde que nacieron. Bao Giang había estado picoteando entre trabajos, en el campo y en la ciudad. Hoa siempre había sido profesora... o mejor dicho, desde hacía dos años. Ninguno de los dos llegaba a la treintena.

- Sí – respondió Hoa.

- ¿Puedes no serlo?

Hoa decidió convertirse en masud hacía tres semanas. Seguía viviendo con Bao, y seguía trabajando en la escuela, y seguía haciendo todo lo que hacía. Pero ya nunca discutían. Ni siquiera se reían... No como antes. Cuando ella se iba enfadada y al volver encontraba a Bao intentando cocinar. Lo había intentado muchas veces, pero nunca conseguía entender cómo se hacía. Era algo que a Hoa le parecía natural. Desde pequeña había aprendido a cocinar.

- No entiendo qué quieres decir.

En oposición a la felicidad constante de Hoa, Bao había incubado una profunda depresión. Normalmente se habría alegrado de que fuera feliz, pero, ¿qué supone una felicidad inagotable? ¿Qué importancia tiene si nunca puedes dejar de ser feliz? ¿No pierdes con ello la felicidad?

- Si te dejara... ¿llorarías?

- ¿A qué te refieres?

Bao había visto casos como el suyo en Kon Tum. Cambiaba el sexo de quien decidía quedarse con Mas'ud, pero eran iguales. Y todos acabaron con el suicidio de la otra persona. Nunca podría imaginar un funeral más triste que los que vio en esos momentos, sin nadie que llorara la muerte del difunto.

- ¿Vas a dejarme?

- ¿Llorarías si lo hiciera? ¿Serías infeliz?

- No lo sé. Ahora soy feliz.

Así que Bao decidió huir. No podría soportar mucho tiempo así sin suicidarse también. Y no quería hacerlo. Había decidido alejarse de Mas'ud para poder vivir todas las experiencias que pudiera, y eso incluía las malas también, y lo que te enseñaban esas experiencias. Nunca las había apreciado más que ahora.

- Yo lloraré por los dos.

La besó en la frente y se levantó.

- ¿Te vas?

- Sí.

- ¿Cuándo vas a volver?

- No creo que vuelva... Adiós.

Hoa se quedó sentada, viendo cómo el amor de su vida se iba de su hogar.

- Hendrik -. Mamá *sonidéa*.

Apreso mano. Mamá delante yo. Mamá mueve yo zig-zag. Mamá toca yo.

Bostezo. Hombre y hombre y hombre y hombre delante yo. Hombre y hombre y hombre delante yo.

Suelo delante yo. Hombre y hombre y hombre delante yo.

Mamá va. Mamá mueve yo zig-zag.

Hombre delante yo. Hombre ríe. Hombre no ríe. Hombre va. Hombre grita. Hombre molesta yo, luz calor.

Dzhojar entró en el Kremlin por la puerta para visitantes, situada bajo la torre Kutafya. Las alarmas no captaron nada inusual, aunque llevara todo el cuerpo cargado de dinamita. Al principio no sabía si hacerlo en la fortaleza o en la Plaza Roja, y, aun habiendo elegido el Kremlin, le faltaba determinar el lugar exacto. Cruzó el puente Troitskiy. ¿En las catedrales? ¿En la residencia del presidente? ¿En el Palacio de Congresos? Quizá el arsenal era la mejor opción. Quizá estaba lleno de explosivos y podía encenderlos con la dinamita. Pero no podía basarse en un quizá. Tenía que matar a todos los que pudiera, y cerca del arsenal no habría demasiado gente. Estaba allí para vengarse, para vengarse de los rusos.

La historia de la República de Chechenia es un cementerio. Las constantes invasiones rusas, las guerras y las purgas forzadas de los chechenos. Dzhojan iba a vengarse de ello. Tenía que ser algo simbólico además, y no había mejor opción que el Congreso. Rodeó el edificio hasta la puerta central. Había suficiente gente; turistas, pero también rusos. Se les reconocía por el olor... O al menos eso se obligaba a creer Dzhojan mientras subía la escalinata, mirando a todos aquellos despojos que creían que Chechenia era Rusa...

Un bebé le miraba fijamente, un bebé ruso. Todavía inocente, sin ningún conocimiento de lo que ocurría al sur del país. Los niños son todos niños, nazcan donde nazcan, pero luego se convierten en rusos o chechenos. ¿Por qué va a tener derecho a vivir ese niño? ¿No va a ser de mayor ruso? No tiene ningún sentido aplazar su muerte. Recogió la mecha de la dinamita y encendió el mechero.

Rue Saint Jacques, Conservatoire des Arts et Métiers, Rue des Petites Écuries, Jardin du Carrousel, Jardin des Tuileries, La Seine... Todos aquellos mágicos nombres. Calles de acentos perdidos, plazas majestuosas, pequeñas figuritas desperdigadas por la ciudad y la fama de antipáticos de los franceses desmitificada por un dios. Estaba claro que Julia había encontrado lo que buscaba.

Aunque mirara el mapa una y otra vez nunca sabía dónde estaba, moviéndose no por destinos, sino por el momento. Por un callejón oscuro lleno de hiedra, por un gato que entraba en un diminuto parque, por el olor de la comida, por el espíritu de París que recorre sus venas, juguetón y cariñoso, misterioso y vacilón, que absorbe su esencia de las leyendas y la exageración. Y siempre perdida por su culpa, Julia continuaba desentrañando los misterios de la ciudad. Hasta que una flash la cegó.

Al recuperar la visión vio al fotógrafo que acababa de sorprenderla. Era claramente mayor que ella, pero no demasiado. Pelo corto, fuerte y con ese estilo de viajero

preocupado por el mundo que tienen los fotógrafos. O al menos los de National Geographic.

- ¿Por qué lo has hecho?

- Es sólo una foto.

- Pero, ¿por qué a mí, con la cantidad de cosas bonitas que hay aquí?

- Sólo hago fotos a las personas, y tú eres interesante.

- ¿Interesante? No me veo como portada de una revista.

- Interesante para lo que estoy haciendo.

- ¿Y qué haces?

- Un reportaje fotográfico. Lo estoy centrando en el efecto que ha tenido Mas'ud sobre las personas.

- ¿Tú eres un...?

- ¿Un masud? No. Quiero hacer este reportaje antes. Luego ya veremos.

- ¿Quieres serlo?

- Ni me lo he planteado, pero no creo que sea malo. Conozco a un par de personas que me quieren matar cada vez que lo digo.

- Creo que ahora conoces a tres.

Él rió y se acercó a ella, guardando la cámara.

- Gilles Couture – se presentó, y le tendió la mano.

- Julia Quintana.

- ¿Española?

- Sí.

- Me encanta España.

- Creo que ibas a defender tu punto de vista... extraño.

- Ja ja ja. Mírales, a todos. ¿Podemos criticarles? Vivíamos en un mundo horrible en el que había que mirar cosas alegres para poder ser felices. Siempre buscábamos la felicidad, aunque había muertos por segundos en África, guerras por todos lados, enfermedades, injusticias. Ver un noticiario era la forma más rápida de querer un suicidio. Todos hacemos lo que hacen los masuds. Todos nos mentimos y decimos que el mundo no es horrible y que merece la pena vivir y ser felices. Ellos simplemente lo han aceptado.

- Pero eso hace infelices a otras personas.

- Acepta a Mas'ud y dejarás de ser infeliz. ¿No es egoísta querer que todos ellos sean infelices para que no lo seas tú?

Julia le miró con asombro y enfado. No quería estar de acuerdo con él, pero no podía encontrar nada que no le diera la razón.

- Ja ja ja. Vamos, no te preocupes por eso, Julia. Ven conmigo, te voy a presentar a una amiga que no está de acuerdo con mi punto de vista. Ciertamente hay poca gente que lo esté entre los infelices.

- Me crié en Irlanda. No nací allí claro; soy una yanqui al fin y al cabo. Neoyorquina de pura cepa. Pero ya sabes que todos venimos de algún sitio, y si nos remontáramos aun más supongo que acabaríamos en África, o donde sea que vengamos. Pero mi familia era irlandesa, como muchas de aquella época, mucho antes de que tú nacieras. Podría ser tu madre.

>> Así que nací en Nueva York, y viví allí durante unos años, siendo bebé. No recuerdo lo más mínimo, pero tampoco recuerdo demasiado de Irlanda, sólo que viví allí cinco

años, cuando era niña. Recuerdo que me encantaba estar allí, correr y jugar con las hijas de las amigas de mamá. Pero tuvimos que irnos, cuando empezó la Gran Guerra. Mi padre no se fiaba de los Alemanes, y aun menos de los Ingleses. No creía que pudieran impedirles el paso. Él quería ir allí "y patear culos", como decía cuando mamá no estaba delante. Mamá odiaba que hablara de esa forma.

>> Cuando volvimos a América papá se alistó y fue a luchar contra los nazis. Fue uno de los héroes sin nombre de la guerra, uno de tantos que volvió en un ataúd, y nos dejó sin padre. Mi hermana era mayor que yo, y lo vivió más. Para mí papá fue un héroe. Antes de irse me dijo que si no volvía habría servido a Dios y a su país como un gran hombre, y que tenía que estar orgulloso de él. Nunca olvidé sus palabras, ni siquiera ahora que hay debates sobre Dios hasta en las iglesias.

>> Mamá heredó la tienda de mi padre, vendíamos náuticos, y más tarde la heredé yo, cuando mamá no pudo seguir trabajando. He estado en esa tienda durante toda mi vida. Ha sido lo más difícil de abandonar. Incluso cuando me casé continué trabajando en la tienda, y en esa época no era tan corriente. Ni siquiera lo necesitaba. Mi marido era militar, ¿sabes? Como papá. Quizá por eso no tuve problema en llevar la tienda. Me casé pronto, como solía pasar en aquellos años, un mes antes de que mi marido se fuera a Corea. También murió en la guerra.

>> No volví a casarme, aunque podría haberlo hecho. Me enamoré otra vez, varios años después, y tal y como acabó pienso que tengo una maldición con los hombres que me importan en la vida, de verdad. Murió en Vietnam. Decidí no volver a enamorarme más. Fue mi última oportunidad, y el destino parecía no querer que tuviera descendencia, quizá por la maldición. Pero seguí trabajando en la tienda, e hice buenos amigos, gente del barrio.

>> Eso nos lleva hasta tu pregunta. Después de todo eso me obsesionó la guerra, cada guerra que estallaba en el mundo. Nunca he buscado culpables o he intentado justificar la guerra. Buscaba nombres. Quería que alguien más recordara a aquellos que han muerto en todas esas guerras. No me acuerdo de todos, pero aprendí mucho, muchas historias, y algunas de las vidas más fascinantes que han sido vividas en la tierra.

>> Así que, señor Mitchell, decidí hacer el viaje que hizo papá, aunque él fue primero a Inglaterra, pero no quería retrasarlo. Ya soy mayor. Quiero ir a Normandía, quiero desembarcar allí, aunque no sea en la misma playa que lo hizo él y no tenga que escalar para encararme contra el enemigo, pero quiero llegar a esa tierra en barco. Lewis se acercó a la mesa para coger la copa de vino y levantarla.

- Señora Lamay, esa es la historia más increíble que he oído nunca. Maldiciones y guerras, drama y amor... Parece una película, si usted me permite.

- No sea tonto, señor Mitchell. Llámeme Judith.

- Deberá llamarme usted Lewis.

Brindaron y bebieron. El barco continuaba su camino hacia Normandía, con un tiempo inmejorable de principio a fin. El viaje había sido cómodo para ambos, que habían disfrutado de conversación y de buena comida, preparándose para lo que esperaban encontrar en Francia.

- ¿Sabe qué le digo, señora Lamay? – dijo Lewis, corrigiéndose instantáneamente -. Judith. Debería escribir usted un libro. Debería contar su vida, y contar esas historias tan interesantes que ha descubierto en su afán de que los caídos en las guerras no sean olvidados. Sería un best-seller, se lo aseguro. Y de eso sé bastante. Si no hubiera

dejado mi editorial se lo publicaría yo mismo.

- Es muy amable, Lewis. Mire usted, no sé cuánto tiempo me queda, no creo que mucho, pero voy a tener algo de tiempo libre allí en Normandía, después de visitar algunas cosas. Quiero gastarme todo el dinero que he ahorrado, y no es moco de pavo. Me hospedaré en algún hotel cerca en el campo y esperaré a que Dios me llame. Qué le parece, una vendedora de náuticos escribiendo un libro.

- Un best-seller. Se lo garantizo.

Como había sucedido más de medio siglo atrás con las tropas aliadas, el barco llegó a la costa por la mañana, con el sol despuntando. Al bajar de él Judith Lamay sintió un escalofrío, y por un momento vio frente a ella un pequeño acantilado, tropas escalando con cuerdas para llegar a las posiciones enemigas. Balas por doquier, bombas de morteros estallando, cuerpos calcinados, otros desmembrados y el incesante sonido de las balas. Y vio a su padre, buscando un lugar que usar como parapeto.

Cuando volvió al presente Lewis la sujetaba la mano.

- ¿Está bien, señora Lamay?

- Sí, hijo. Parece que he encontrado lo que buscaba.

Kingsville olía a rancho. No había ranchos en la ciudad, ni siquiera caballos o vacas que defecaran por las calles para crear ese aroma. El olor se había quedado adherido a la constante humareda de la ciudad, al polvo que había bailado en el aire buscando reposo en el suelo durante años, y que había sido receptor de las heces de los animales que habían criado allí los colonos hacía tiempo.

Para Cony no era un olor extraño. Se sentía en casa en cierta forma, y era bueno sentirse en el hogar cuando estaba tan cansada.

Había hecho autoestop, viajado en autobús y andado hasta llegar allí, a aquella ciudad del este de Texas. Estaba cansada física y mentalmente. Todo su esfuerzo había sido en vano por el momento, y no había encontrado a nadie que no fuera asquerosamente feliz.

Entro en un bar de Wright Street, un oscuro y tétrico tugurio que daba la sensación de concentrar todo el sudor del estado. Dos hombres ocupaban la barra, y un tercero bebía en una de las mesas. Pidió un refresco y esperó. El hombre de su izquierda y el de su derecha parecían aparentemente iguales: gente que bebía antes de la llegada de Mas'ud y que no veían ningún motivo por el que dejar de hacerlo. Pero no eran iguales.

- ¿Qué día es? – preguntó el hombre de su derecha.

- ¿Perdón? – respondió tontamente Cony, que no esperaba conversación. La experiencia la había enseñado que nadie buscaba conversación, aunque tampoco la rechazaban si alguien la empezaba. Tampoco entendía el inglés a la perfección, y tenía que estar concentrada para ello.

- ¿Dónde estamos? ¿Y qué día es hoy? ¿Sigue siendo lunes?

- Es martes, señor.

- Vaya, se me ha escapado un día, o algo así. ¿Pero qué semana es? Las semanas no tienen nombres, ¿no?

- No, señor.

- Vaya... ¿Y qué mes es hoy?

- Junio, señor – se maldijo a sí misma por continuar con el señor.

- Pues mira tú, se me ha escapado un día.

El hombre comenzó a reír escandalosamente, y Cony supo que aquel hombre no era feliz.

- ¿Cómo se llama, señor?

- ¿Yo? Quién si no, ¿no crees? Espero que no se me haya escapado el nombre -. Volvió a reír de forma grotesca, forzando demasiado su garganta y necesitando más alcohol para calmarla -. Soy John Turner, hija. ¿Quién diablos eres tú? ¿Estoy muerto?

- No lo creo, señor. Debe estar usted borracho. Mi nombre es Concepción Montes.

- Fíjate. Una de abajo. Antes no habrías podido entrar aquí tan fácilmente, ¿no crees? Su risa provocaba vergüenza, y en otros tiempos habría hecho que Cony se pusiera roja como un tomate. Pero ahora era confortante. El olor a mierda del polvo y la estúpida risa de aquel hombre convencieron a Cony de que el mundo no estaba tan mal como ella creía.

Te quedan pocos alientos, ¿eh, Giuseppina? Sí, cariño, la muerte viene por ti. Después de tantos años, después de varios meses esperándola en esta cama de hospital. Pero has vivido bien. Has hecho lo que te ha dado la gana. Fuiste actriz, aunque no consiguieras demasiados premios, o al menos no fuera de Italia. Y tuviste un buen marido, además de varios apasionados amantes. La fama de los italianos fuera del país estaba más que justificada.

Pero ahora sientes el dolor. Ese horrible tumor creciendo en tu interior, destrozándote, convirtiéndote en fiambre antes incluso de tu muerte. Tienes una salida, ¿no es así, querida? Una forma de librarte del dolor, como has hecho durante toda tu vida.

Siempre escaqueándote.

Vamos, llámale. Dale lo que quiere y que te dé lo que mereces. Mas'ud, ¿no es así? Sí, sí, ahí estás. ¿Qué te rece? ¿Como quiera? Muy bien. Eres el sùmmum de mi placer. Eres lo que han conseguido darme pocos hombres. Todo un semental... Podría seguir así durante horas.

Oh, sí. Ya lo siento. El éxtasis, el Edén, el Nirvana, el Dorado... Xanadú.

Pip. Pip. Piiiiiiip.

Nathan Crook sólo estaba seguro de una cosa, pero la creía con tal convicción que nadie podría convencerle de lo contrario, ni siquiera una de esas personas petulantes que son capaces de darle la vuelta a cualquier cosa con su retorcida labia: el destino era irónico, lo más irónico que existía en el universo. Seguramente en varios universos a la redonda.

Cuando Nathan hablaba con su mujer, Nicole, sobre la luna de miel, ella dijo que lo que más le gustaría era recorrer el mundo en un avión privado, y Nathan estaba totalmente enamorado de ella; ni un día la había amado menos que cuando la amó por primera vez. Así que decidió aprender a pilotar y sacarse todos los títulos necesarios para ello. Gracias a dios se le daba bien. Guardaba la mitad de su sueldo (un sueldo alto) para comprar una avioneta capaz de realizar el viaje que quería Nicole. Siempre discutían sobre qué pasaba con el dinero, y aunque Nicole nunca desconfió de Nathan la enfurecía ir tan justa. Nathan siempre se disculpaba a sí mismo pensando en el momento en que la enseñara el avión. Y ahí fue cuando descubrió por primera vez que el destino era un ser irónico.

Después de más de veinte años ahorrando y esforzándose por ser un buen piloto,

consiguió comprar un avión particular. Un Cessna Caravan 208D Grand de segunda mano que le costó más de un millón de dólares americanos. El mismo día que se lo enseñó a Nicole fueron a celebrarlo, y cuando despertaron al día siguiente con resaca descubrieron que habían ganado la lotería. Nicole jugaba a la lotería cada cierto tiempo, con la esperanza de que algún día tendría dinero y dejaría de estar tan agobiada a fin de mes.

Prepararon el viaje durante unos meses, pero les costaba dejar allí a su hijo, que estaba pasando por un mal momento después del divorcio. Y cuando ya creían que no iban a poder realizar el viaje, después de tantos esfuerzos, apareció Mas'ud, y su hijo se convirtió en una persona plenamente feliz. En aquel momento ni Nathan ni Nicole pensaban que las repercusiones de esa felicidad pudieran ser tan extrañas, así que ignoraron al dios y subieron al avión para recorrer el mundo, dejando atrás Australia. Durante el viaje descubrieron cómo había cambiado el mundo desde la llegada de Mas'ud, pero aun así decidieron seguir adelante. Hasta que llegaron a Sudán. Estaban preocupados por su hijo, por aquello en lo que creían que se había convertido, y por todo el mundo en general. Casi tenían cincuenta años, pero seguían pensando en cambiar el mundo como si fueran adolescentes. Con esa desilusión y con todos los encuentros del viaje, en los que no habían conocido a nadie que fuera como ellos, quizá inteligente o quizá estúpido como ellos, entraron en un hotel de El Kawa, una ciudad a orillas del Nilo. Fue casualidad acabar en esa ciudad; ironías del destino. Se sentaron mientras esperaban a que alguien les atendiera, abrazados, con tristeza en sus caras. Un hombre joven se acercó a ellos vestido con un traje del hotel.

- En El Kawa no se puede estar tan triste. Va contra la ley.

Viendo cómo sonreía dedujeron que se trataba de algún tipo de broma, y le respondieron con una sonrisa desconcertada.

- Eh... Queríamos una habitación – dijo Nathan -. Para quedarnos un par de días.

- Muy bien, señor. Pero viendo que son personas infelices les aseguro que querrán quedarse más tiempo, como otros viajeros que han acabado en El Kawa.

- No entiendo...

- No tiene que entenderlo, sólo sentirlo. Este es un buen sitio para la gente como nosotros.

- Pero... ¿usted no es *feliz*? – dijo Nicole, haciendo un gesto de comillas mientras decía la palabra feliz.

- Oh no, señora. En El Kawa nadie es *feliz*.

Su risa fue otra ironía del destino.

- Por el amor de Dios.

Paul Russeld estaba a punto de vomitar.

- ¿Dónde coño hemos acabado, Paul?

Leeland Trinder intentaba encenderse un cigarrillo mientras fijaba sus ojos en el cuerpo. En uno de los cuerpos.

- ...

El cerebro de Fabien Chevalier ofrecía demasiadas alternativas como para elegir una, entre las que se encontraban llorar, gritar, golpear algo y rezar. No podía elegir nada, así que estaba petrificado.

- Tenemos que irnos de aquí – dijo Paul.

- ¿Qué coño ha pasado?

- Por el amor de Dios.

Los tres habían acabado en un pueblecito costero, después de sufrir un accidente de avión, nadar sujetos a una barca de chalecos salvavidas, escalar unas peligrosas rocas y andar un par de kilómetros, y lo primero que vieron en el pueblo (precioso por otra parte) fue una pila de cuerpos decapitados, y una pila de cabezas a pocos metros, con una lluvia de sangre entre ambos funestos montículos.

- Tenemos que irnos, Leeland.

- No podemos – dijo Leeland, que había conseguido encender su cigarro -. Tenemos que saber qué ha pasado.

- ¿Para qué?

- No lo sé, no lo sé. Tenemos que saberlo. Es mejor saber ese tipo de cosas.

- Tenemos que irnos de aquí. ¿Y si quien lo haya hecho sigue cerca? – Buscó frenéticamente a Hannibal Lecter por los alrededores -. Hay que avisar a la policía.

- La policía ya no existe, Paul. Ahora son todos felices.

- ¡Déjate de estupideces por un momento!

- ¡No son estupideces! Tú viste lo que pasó en el avión. A la gente le importa una mierda lo que pase en el mundo.

- ¿Y qué pretendes? ¿Que vengamos a esta gente? ¿Que descubramos a su asesino y le hagamos pagar por sus crímenes?

- ¡No lo sé!

- La policía se hará cargo. Son felices siendo policías, así que harán algo.

- El mundo ha cambiado Paul, y ya no podemos seguir viendo los viejos...

- ¡Callaos!

El cerebro de Fabien había encontrado algo en lo que concentrarse, más allá de los muertos.

- ¿Oís eso?

Leeland y Paul escucharon con atención y con temor.

- ¿Qué es? – dijo Paul.

- Es un bebé. Un bebé llorando.

Capítulo 7

Judith Lamay, con tantos años vividos que no merece la pena decir el número, había conseguido una copia en CD de los nocturnos de piano de Chopin interpretados por Arthur Rubinstein, una habitación de un precioso hotel en la costa de Normandía y una máquina de escribir. Tiempo atrás todo esto le habría parecido un gasto excesivo.

Colocó con cuidado el primer folio y se preparó a escribir en el centro. Sólo necesitaba un título para que todas las palabras que ya conocía empezaran a escribirse solas. Una palabra o una frase que representara todas las historias que le habían contado en su vida, todas las vidas que había conocido por medio de la investigación, para que todos esos nombres casi desconocidos cobraran vida en una novela. Un título.

Pensó en ellos, en los soldados que fueron a la guerra por obligación, en los que fueron por patriotismo y en los que fueron por ser violentos. En todo lo que dejaron atrás, todo lo que hicieron fuera del país y todo lo que se perdieron por no poder volver.

Después de tanto tiempo encontrando información sobre ellos le resultaba fácil escribir sobre ellos, pero no era capaz de darle un nombre. ¿Cómo puede ser tan difícil encontrar un título?

Arrancó el papel con furia y se fue a cenar comida francesa.

George Bush se levantó en una cama de hospital. Estaba realmente dolorido. Un doctor le explicó que la policía le había encontrado mientras patrullaban y le habían traído allí; aunque fueran autómatas todavía hacían su trabajo. Tenía múltiples fracturas y tendría que estar hospitalizado durante algunos meses. Volvió a dormir mientras pensaba que ya era demasiado mayor como para luchar por el mundo.

- Mirad a ese músico por ejemplo. Es un masud, eso está claro, pero sigue viniendo este café a tocar todos los días. Sabe que nadie le va a dar dinero porque a nadie le importa ya, que todo su día va a ser una pérdida de tiempo si quiere conseguir dinero, pero sigue viniendo aquí. Sigue tocando aunque no le paguen por ello. Es arte por amor al arte, no por dinero.

La mezcla del café, la música del violín y el atardecer en una ciudad como París es algo impagable. Julia ya se había enamorado de la ciudad, aun sin hallar lo que había venido a buscar. Conocer a Gilles y a Odette era un buen comienzo, y no había pensado en su antiguo novio durante todo el día.

- No seas estúpido – dijo Odette -. Él viene por el dinero, si no, no dejaría el sombrero en el suelo.

- Él viene a tocar, pero no porque vaya a conseguir dinero. Antes de Mas'ud era fácil que consiguiera algo después de una tarde. Le he visto con billetes, Odette. Pero ahora sabe que no será así y se dedica a tocar. Si alguien quiere pagarle por ello es libre, pero no existe la misma mezcla de pena y obligación de antes.

- ¿Y quién le va a pagar? Ellos no. Nosotros. Si alguien le da dinero vamos a ser nosotros. Joder, tú mismo lo has dicho: a nadie le importa que toque o no, que se muera o no. Sólo a los que no hemos sido gilipollas.

- Tiene razón, Gilles – intervino Julia; todavía le daba miedo hablar con ellos, pero empezaba a sentirse tranquila -. El arte no tiene sentido si la gente no siente con él. Si a nadie le hace sentir asco incluso.

- Simplemente sois unas pesimistas – rió.

Siguieron tomando cafés y cafés y hablando, discutiendo sobre el enorme cambio que había sufrido el mundo, hasta que Gilles se acordó de que tenía que preguntarle algo a Odette.

- ¡Mierda! Se me había olvidado. ¿Qué te han dicho tus jefes?

- Me han echado. Pensaba que esos putos robots no podrían hacerlo, pero parece que para esas cosas sí son conscientes.

- Siempre son conscientes. Tienes que reconocer que no podían dejarte trabajar ahí.

- ¿Dónde trabajas... trabajabas? – preguntó Julia.

- En la televisión. Era reportera. Interrumpí un programa y les grite que eran esclavos, egoístas y unos cerdos hijos de puta. No se me ocurría qué más decirles en ese momento... Ahora tengo unas cuantas cosas más que añadiría.

- No me lo podía creer cuando te vi – dijo Gilles.

- ¿Qué hacías viendo eso?

- Es un programa como cualquier otro. Da la sensación de que el mundo no ha cambiado cuando ves la televisión. Siempre me ha fascinado. Mientras los fotógrafos mostramos cómo evoluciona todo, vosotros os dedicáis a estancarlo. Cuando surge algo nuevo o lo destrozáis hasta que todos se olvidan o lo integráis como si fuera algo cotidiano, como si no hubiera cambiado nada.

- Dios mío. Qué insoportable eres. Julia, hazme caso. Aléjate de él antes de que te atrape y tengas que soportar todos sus comentarios estúpidos.

Pero ya la había atrapado, tanto Gilles como Odette. Era feliz en un mundo de gente feliz.

Cuando se iban del café se acercó al violinista para dejarle unas monedas en el sombrero. Sin interrumpir la canción le dio las gracias.

No conseguía acostumbrarse al olor de su aliento. Si al menos siempre fuera igual podría aguantarlo, pero cada copa lo cambiaba y lo convertía en una mezcla de alcoholes. ¿Quién podría imaginarse que existirían todos esos olores partiendo de los mismos ingredientes?

- Dime una cosa, niña – dijo John Turner, el borracho -. ¿Qué haces aquí? No es que me importa, pero no te entiendo. Soy un borracho, debería darte miedo. ¿Por qué estás aquí... conmigo?

Cony lo pensó... durante unos minutos.

- Porque no conozco a nadie. Son todos extraños, muy raros. Tú eres un borracho, pero eres algo que conozco. Conozco a borrachos. Eres normal.

- ¿Y no te da miedo que sea una mala persona?

- No... No sé por qué.

John lanzó una de sus carcajadas. Cuando reía parecía un dios, no porque fuera majestuoso (seguía siendo bastante deprimente), sino por la fuerza con la que lo hacía. Momentos fugaces de poder en un cuerpo descompuesto.

- Tranquila, niña. No voy a hacer nada. ¡Dame otro de esto, señorita!

- ¿No crees que deberíamos irnos?

- ¿Irnos a dónde? ¿Qué hay fuera? La verdad está ahí fuera – su risa le interrumpió -.

Qué gilipollez. La verdad se encuentra mejor aquí – señaló su vaso vacío -, que ahí – señaló la puerta -. Antes quedaba esperanza fuera, pero ya no queda nada. Sólo existe esto.

Cony se apoyó molesta sobre sus brazos pensando en cómo convencer a ese borracho idiota de que salieran a la calle. Tendría que darle una buena patada en el culo.

Leeland Trinder, Paul Russeld, Fabien Chevalier y un bebé discuten. Ni Fabien ni el bebé dicen mucho, aunque miran con mucha intensidad.

- ¡Tenemos que ir a por ellos! – grita Leeland.

- ¿Para qué? ¿Tienes superpoderes? Lo máximo que les vas a hacer es reventarles el tímpano con esos gritos. Y como sigas haciéndolo aquí vas a llamar la atención de alguien.

- ¡Han asesinado a veinte personas, Paul! No podemos dejarles que se vayan, no pueden irse así como así.

- ¡Ya lo sé! Pero no podemos hacer nada. Tienen armas y coches, y mala hostia. Seguirles sólo hará que nos maten. Podemos ir a la policía o al ejército y decírselo. Ellos podrán hacer algo.

- Las cosas no funcionan así ahora. Si vamos a la policía les dará igual. Son zombis.

- ¿Y todos esos cadáveres de ahí fuera también son zombis? ¿Qué coño te importan entonces?

Leeland le miró con odio, aceptando que tenía razón.

- Vayamos a la policía. Me voy fuera a fumar un cigarro.

- Es mejor que no nos separemos, Leeland.

- ¿Quieres que fume con el bebé aquí?

Esta vez fue Paul quien aceptó que estaba equivocado.

Leeland se fue del edificio. Al salir se encendió un cigarro y se acercó a la pila de cadáveres. Da igual que se conviertan como autómatas; siguen estando vivos. Esto sigue siendo asesinato. Sigue siendo horrible... Sin embargo, lo más escalofriante de la escena eran las sonrisas que tenían todas las cabezas decapitadas. Quizá era mejor así. Habrían sufrido dolor, pero sólo físico. Habían sido felices mientras les torturaban y veían como mataban al resto de aquella pila. ¿Qué habría pasado con el resto del pueblo?

Continuó la calle por la que habían entrado en el pueblo y les vio. Desde donde estaba él se veía una docena de montículos iguales, con veinte cuerpos y veinte cabezas amontonadas cada uno. El pueblo estaría lleno.

¿Quién había sido capaz de hacer todo eso? No tardaría en averiguarlo, o al menos en parte. Se acercó con lágrimas en los ojos a la pila más cercana y vio una papel en el suelo, y a partir de ahí vio que toda la calle estaba plagada de los mismos papeles. Lo cogió para leerlo. Estaba firmado por La Humanidad, y decía que aquellos que habían aceptado a Mas'ud como dios habían insultado al verdadero dios, que Mas'ud era el demonio y que todos ellos eran ahora siervos suyos y tenían que morir "por la gracia de Dios".

- ¿¡Estás contento!?! – le gritó Leeland a Mas'ud -. Mira lo que has conseguido. No has traído la felicidad, sino los temores y los odios. Has convertido al hombre en un animal sangriento otra vez. ¡Vamos! ¡Baja aquí y tírame un rayo con tu culo, cabrón!

Se echó de rodillas y lloró como el bebé que sujetaba Fabien en la habitación.

- Sólo has traído lágrimas...

No llevaba más que un par de días allí y Lewis ya estaba harto de Francia. Durante esos dos días habían puesto en la radio al menos diez veces Shiny Happy People y no sabía si era una broma cruel de alguien o una casualidad macabra.

Ni siquiera había llegado a entrar en lo profundo del país, sino que se había movido por el norte, cerca siempre de las playas. La décima vez que escuchó la canción de R.E.M. decidió largarse de ahí, así que puso rumbo al Calais, para cruzar el canal y llegar a Inglaterra. Al menos allí hablaban inglés.

- Además de los viajeros como vosotros que nos encuentran, parece que la sociedad de El Kawa se ha extendido por el resto de África. Han llegado personas aquí, sabiendo qué iban a encontrar, desde países cercanos como Etiopía o Egipto, y desde algunos mucho más lejanos como Angola, Mozambique o Mali. Creemos que en algunos de esos países han comenzado a moverse ciudades por su cuenta, a crearse cantones independientes al gobierno central, y por lo que vemos aquí a esos gobiernos no les preocupa.

Mientras recorrían las alcantarillas de El Kawa, Nel les ponía al día sobre lo que sucedía en la ciudad. Nicole y Nathan Crook estaban fascinados con la creación de un sistema así. Significaba que aun había esperanza. Quizá los humanos perderían la supremacía que mantenían en el planeta, pero podían sobrevivir como siempre lo habían hecho. Dentro de poco sería una especie en extinción con grandes posibilidades de supervivencia.

- ¿Qué tipo de gobierno funciona aquí? – preguntó Nicole.

- Por ahora tenemos una asamblea a la que puede asistir quien quiera. Creemos que es lo mejor mientras dure esta crisis. La gente está muy concienciada con la situación actual, y saben que dependiendo del tema que se trate algunos están más preparados para las decisiones que se tomen.

>> Estamos creando una utopía. Es hermoso ver cómo todos se ayudan y colaboran en cualquier tarea. Aunque tenemos algunos problemas. Hay poca gente que nos pueda ayudar en algunas tareas técnicas. Gwatanawo, por ejemplo. Él se ocupa de supervisar todo el alcantarillado de la ciudad, además de servir como fontanero. Es un trabajo demasiado duro para una sola persona. Y hablando de Gwatanawo.

Frente a ellos se encontraba un gigante negro retorciéndose entre tuberías. Salió de una de ellas para saludar y Nel les presentó.

- Estoy enseñándoles la ciudad. Es muy probable que quieran quedarse aquí con nosotros... aunque todavía no nos lo hayan dicho.

Nel sonrió.

- ¿Sabéis algo de tuberías?

Nathan se acercó a mirar.

- No es que sepa demasiado, pero seguramente pueda ayudarte mientras tú me mandes qué tengo que hacer -. Se incorporó y habló a Nel -. No sé si tendréis mecánicos...

- Estaremos encantados. ¿Necesitas ayuda ahora, Gwatanawo?

- No, lo tengo todo solucionado, pero me llevará unas horas.

- Te he traído agua y algo de comer.

- Nel, te besaría ahora, pero prefiero invitarte a cenar más tarde, cuando esté

presentable.

Nel sonrió y se despidió de él. Empezaron el camino de vuelta para enseñarles otras zonas de la ciudad.

Nathan y Nicole habían encontrado el paraíso, y no estaba ya creado, sino que tendrían que ayudar a crearlo. Pero ya era el paraíso. Era esperanza, era el futuro. Todos esos meses de desespero y dolor se habían desvanecido después de unas horas en El Kawa... y volvieron en unos segundos. El sonido de una explosión contenida por el suelo de las calles hizo temblar todo. Corrieron a la salida para descubrir humo, fuego, gritos, sangre. No había sido una explosión, sino varias repartidas por la ciudad. Algo preparado, no un accidente. Unas bombas habían aniquilado quizá la única esperanza de la humanidad.

Capítulo 8

El puente de St. Louis estaba iluminado con una mezcla de eficacia y la magia que había hecho famosa la ciudad. El Sena susurraba en sus constantes idas y venidas una música orquestal, mantenida con oboe, con los violines aullando caóticas melodías fusionadas en un sonido conexo. Norte-Dame presidía la escena, imponente como siempre, irresistible, indestructible, y más arriba, la luna se arrojaba con una fina manta de nubes.

- He venido a París buscando esto – dijo Julia. Andaba despacio, sin dejar escapar el momento.

- París es una ciudad única – dijo Odette -, pero es mejor no vivir aquí demasiado tiempo. Huir antes de ver su lado oscuro. Pero es así en todas las ciudades, ¿no? Todas tienen su encanto y todas son capaces de destruirlo.

- Aprovechalo, Julia, no dejes que te roben esto, ni siquiera Odette – dijo Gilles -. Ninguna ciudad te ofrece lo que da París.

- Ninguna te cobra lo que te quita París – dijo Odette.

Continuaron paseando por el islote adormecido por el río hasta encontrar un grupo de corredores. Cinco personas que debían quedar todos los días para hacer el mismo recorrido y que seguían haciéndolo después de todo.

- ¿Creéis que seguirán así para siempre? – preguntó Julia.

- ¿A qué te refieres? – dijo Odette.

- Ellos... siguen haciendo lo mismo que hacían. Me pregunto si algún día dejarán de hacerlo, o qué harán sus hijos.

- Estarán así hasta que mueran. La especie humana ha perdido toda su vitalidad. Dentro de unos años dejará de ser la especie dominante.

- La especie evolucionará – dijo Gilles -. Ellos evolucionarán. Sé que te cuesta, pero intenta pensar en ellos. Acaban de encontrar la felicidad eterna, la sonrisa incombustible. ¿Cómo estarías tú? Están conmocionados por ello, pero eso no durará siempre.

- Entonces, ¿por qué no han dejado de ser gilipollas ya?

- Ya te lo he dicho, están conmocionados. Son felices y están atontados por esa felicidad. ¿Crees que a un dios como Mas'ud, a quien hemos visto que le encantan las oraciones, le conviene que mueran los humanos? Esto es sólo una fase, pero aprenderán a ser felices y continuar, a progresar.

- ¿Cómo van a progresar si no tienen objetivo? ¿Hacia dónde van a progresar?

- Lo único que tienen que hacer es mantener la raza humana donde está. Querrán hacer cosas, pero no serán infelices por no conseguirlas. Querrán tener hijos, pero si son estériles no les quitarán parte de su vida. Ahora es cuando toda la especie puede seguir adelante pase lo que pase, porque ya nada les puede vencer.

- Eres un jodido amante de los masuds, Gilles. Estás tan cegado con ellos como yo.

- Al menos reconoces tu parte.

La risa se convirtió en lluvia, y la fina manta de nubes se había convertido en un edredón oscuro.

- Es mejor que vayamos a casa – dijo Gilles -. Julia, Odette, esta noche os quedaréis en mi casa. Ya pensaremos dónde dormiréis mañana.

El bebé, de nombre desconocido, miraba con la curiosidad propia de esa edad a las tres personas de la habitación.

- Son unos putos católicos locos – dijo Leeland.
- No sabemos si son católicos – dijo Paul.
- Pone “por la gracia de Dios” y habla del verdadero dios, ¿qué crees que son?
- Pone “por la gracia de dios”, con minúscula. No parece que hablen de Dios, de ese Dios. O a lo mejor sí, pero no lo sabemos. Me preocupa más lo de los idiomas.
- ¿Qué idiomas?
- Está en muchos idiomas el folleto. Inglés, francés, español, italiano, varios asiáticos y unos cuantos más.
- ¿Y qué? Querrán que todos lo entendamos.
- Todos, no sólo los franceses. Puede significar que han hecho un único diseño y lo van a repartir por todo el mundo. Puede que estén haciendo lo mismo por todas partes.
- Mierda... Tenemos que irnos de aquí. Buscar ayuda o algo así. Fabien, ¿qué ciudad tenemos cerca?
- Eh... Nantes. Por la autopista...
- Pues vámonos.
- ¿Qué pretendes? ¿Pillar un taxi?
- Robar un coche. Y no me digas que está mal, porque no creo que mucha gente de aquí lo vaya a usar.

Al noreste de allí, mientras buscaban un coche y se ponían en marcha, Lewis Mitchell huía del país por las casi vacías autopistas en busca del Eurotúnel. No le agradaba el cambio en las personas, la elección que habían tomado. Le parecía egoísta hacia todos los demás, amigos, familiares o desconocidos. Pero no todo se había vuelto peor. Hasta donde él había visto, el mundo era ahora mucho más tranquilo, o al menos en la carretera, en los viajes. Sin atascos, sin prisas, sin accidentes y sin pitos. Pese a que los masuds no le caían realmente bien, si hubiera estado dormido todo este tiempo y se hubiera despertado en Francia, Lewis habría pensado que era un domingo más, un día tranquilo. No había visto todavía ningún cambio en la gente; simplemente eran desconocidos y él un extranjero. Eran amables o no, como siempre lo habían sido. Con ese pensamiento le surgió otra pega: la gente mala seguiría siendo mala, pero ahora eran realmente felices con ello. Aunque, por otro lado, quienes sufrían su maldad no serían infelices ahora. Les daría realmente igual. Y con esos pensamientos entró en un túnel submarino, en busca de la siempre lluviosa Inglaterra.

Y con un bebé más tranquilo de lo normal, un solitario coche robado llegaba a Nantes.

- ¿No os preocupa el bebé? – dijo Leeland.
 - Hace tiempo que no llora – dijo Paul -. ¿Crees que es feliz?
 - Espero que lo sea, pero no tontamente feliz. ¿Deberíamos pellizcarlo?
 - Llorará – dijo Fabien -. No hay comida.
 - Joder, bien hecho. Acabo de acordarme de que me muero de hambre.
- Rápidamente se le olvidaría a Leeland. En cuanto entraron en la ciudad se les olvidó

todo. Ni siquiera habían tenido en cuenta la posibilidad de que la Humanidad no fuera a atacar sólo aquel pueblo, y comparando la población de un pueblo con los casi 300.000 habitantes de Nantes, lo que habían visto por ahora no era nada. El olor de miles de montones de cuerpos decapitados y quemados era insoportable. Columnas de humo invisibles en la noche, confundidas con las nubes. Almas que viajaban al cielo. Paul Russeld cerró las ventanas y apagó el coche. No podía creerlo. Ninguno de ellos podía creerlo, y durante unos minutos estuvieron sentados, mirando al frente, como en un cine de verano viendo una película de terror. Como si hubieran vuelto a su juventud y pusieran un remake de La Guerra de los Mundos, intentando convencerse de que no eran más que efectos especiales acompañados con el sonido de un convoy de vehículos...

Un faro alumbró la luna de su vehículo. Se quedaron paralizados, pero conscientes de nuevo de la situación. A su lado pasó un vehículo militar y, detrás de este, una decena. Giraron hacia la autopista y desaparecieron.

Tardaron un minuto en hablar.

- ¿Qué coño era eso? – preguntó Leeland.

- ¿Militares?

- ¿Por qué no han hecho nada?

- Dios mío.

- Te lo dije, Paul.

- No puede ser.

- Te lo dije.

- Cállate. Me da igual. No puede ser.

- Son ellos. La Humanidad son ellos.

- No tienen que ser ellos. Pueden haber robado el equipo militar.

- ¿Qué coño importa eso ahora? Lo hayan robado o no, ahora ellos son los militares.

El bebé empezó a llorar.

- Comida – dijo Fabien.

- Sí, sí. Pero, ¿a dónde han ido?

- Comí...

- ¡Que sí! Ahora conseguimos comida para el bebé y para nosotros. ¿A dónde han ido, Fabien? Pone E50 en la autopista. ¿A dónde va eso?

- París.

- ¿Qué pasa? – preguntó Julia.

- ¿Son disparos? Eso son disparos. Gilles, son disparos.

- ¿Disparos? ¿De dónde? Serán petardos, Odette.

- No, no. Son disparos. ¿Quién se va a poner a tirar petardos ahora?

- Se oyen por ahí... – señaló Julia -, y por ahí. Y ahí también. Pero no pueden ser disparos.

Una ráfaga de disparos de una ametralladora sonó cerca suyo, al otro lado del a esquina.

- ¿Qué pasa? Son disparos, Gilles. ¡Tenemos que irnos de aquí!

Cuatro personas, armadas con fusiles de asalto, se asomaron por la esquina, apuntándoles. Julia, Odette y Gilles gritaron antes de que dispararan.

- ¡Estos no! – gritó uno de los armados. Sacó una pistola y les apuntó. Tres disparos.

Julia cayó al suelo del impacto y los armados continuaron su camino.

Odette seguía de pie llorando, con los ojos cerrados. Julia se tocó el pecho, donde la habían disparado. Lo notaba pegajoso, pero demasiado sólido para ser sangre. Y demasiado verde.

- Es pintura. Sólo es pintura.

- ¿Qué? ¿Qué es qué?

- Es pintura, Odette. Estamos bien. Sólo es pintura.

Gilles, después de ver que ambas estaban bien, recorrió la calle hacia donde habían oído los disparos cercanos, aunque seguían escuchando, pese a la incesante lluvia, disparos por toda la ciudad.

- ¿No son de verdad? – preguntó Odette.

- Sí... – dijo Gilles, mirando más allá de la calle, con la cara pálida -. Son de verdad.

Odette y Julia corrieron hacia donde estaba él y vieron varios cuerpos caídos con la sangre descorrida por la lluvia, como si fuera maquillaje en un enorme rostro llorando.

- Tenemos que irnos – dijo Gilles. Volvía a ser el de siempre.

- ¿Qué? ¿A dónde? – preguntó Odette.

- Seguidme, e intentad que no se os vaya la pintura.

Se echó a correr por las calles que conocía a la perfección. El camino estaba plagado de cadáveres y la calzada estaba cubierta de sangre que intentaba escaparse por las rendijas. Gilles se paró delante de una tienda cerrada.

- ¿Qué hacemos aquí, Gilles? – dijo Odette.

No la escuchó. Miraba alrededor, buscando algo. Se acercó a una papelería y la arrancó. Utilizó la papelería para romper el cristal de la tienda. Entró en ella sin atender a los gritos de Odette y después de un minuto volvió con tres botes de pintura verde y un martillo.

- Echádselo encima a cualquiera que veáis. No vamos a dejar que esos cabrones maten a todos.

- ¿Qué está pasando? – preguntó Julia.

- Están matando a los masuds. Si no gritan les matan. Si gritan les marcan para que los demás lo sepan. Todavía no hemos terminado. Venid.

Cruzaron un par de calles para llegar a una armería. Gilles utilizó el martillo para destrozarse el candado y romper el cristal. La alarma se volvió loca, pero ya daba igual. Sacó de ahí tres pistolas y un montón de cargadores que guardó en la mochila donde llevaba su cámara fotográfica.

Vieron decenas de muertos, al menos una docena de barrios masacrados, antes de encontrar gente viva. Empezaron a marcarles. Los masuds sonreían durante el proceso. Pronto aparecieron los armados. Su primera reacción fue seguir adelante, al ver a todos marcados, pero era demasiado llamativo. Paseaban como si no pasara nada. Dos de los armados se quedaron dudando, mientras los otros se iban buscando presas. No parecían haber visto a Gilles, Julia y Odette, que se encontraban a veinte metros, manchando de pintura a cualquiera que veían.

- ¿Estos no? – preguntó uno de los armados -. No parecen preocupados.

- Sabrán que están a salvo – dijo el otro.

- ¡Eh! – gritó el primero, hablando a uno de los masuds que parecía estar disfrutando de la noche parisina, quizá volviendo a casa -. ¡Tú! – le apuntó a un metro de distancia.

- No... – dijo Gilles y empezó a acercarse hacia ellos.

- ¿¡Qué coño te pasa!? Te estoy apuntando, joder. Tendrías que echarte a llorar...

Mierda, estos son felices. Todos estos son felices. Les han marcado mal.

Gilles sacó la pistola y le disparó en la cabeza antes de que pudiera matar al masud. Intentó disparar al otro, que había reaccionado saltando hacia un lado al ver la cabeza de su compañero explotando en su cara. Ambos se escondieron como pudieron.

- ¡Escondeos! ¡Odette, meteos en un portal!

El armado se asomó lanzando una ráfaga, acertando en varios de los despreocupados masuds, que seguían sonriendo. Gilles disparó a ciegas sin acertar. Antes de que el armado volviera a disparar se escuchó un golpe sordo y el sonido de un cuerpo cayendo.

- ¿Estáis bien? – preguntó una voz desconocida.

Gilles se asomó y vio a hombre de cuarenta años con la camisa manchada de verde. A sus pies estaba el armado y una papelerera con la que le había golpeado.

- Sí... – dijo Gilles -. ¡Odette, Julia, salid! Muchas gracias – le dio la mano al nuevo -.

Joder, gracias. Supongo que no eres masud.

- No, que va. Me llamo Benoît Morel.

- Gilles Couture. ¿Está vivo?

- Eso parece.

- ¿Sabes qué está pasando?

- Están matándolos a todos. Primero les disparan y luego les decapitan. Están amontonando los cadáveres. No sé cuánto tardarán en llegar aquí, pero tenemos que sacar a todos estos de la calle.

- ¿Sólo matan a los que están fuera?

- No, no. Entran en las casas. Llevo escondido aquí desde que han empezado. Esta zona la han masacrado ya, pero parece que estos han llegado andando sanos y salvos.

Tenemos que llevarles dentro antes de que se pierdan.

Gilles cogió su rifle y el de su compañero muerto y le entregó uno a Benoît. Agarró los pies del armado inconsciente.

- Vamos a meterle ahí – dijo Gilles, señalando hacia el portal donde estaban Julia y Odette, que aparentemente no habían oído el aviso de Gilles.

Habían tenido que parar en una gasolinera, donde ya estaban todos muertos, para conseguir comida. El bebé se había quedado dormido después de comer y eructar, en los brazos de Fabien, que parecía usar la protección del bebé como una manera de purgarse del atentado.

Tardaron varias horas en llegar a París. Para cuando llegaron, poco antes del amanecer, ya era muy tarde. Esta vez no eran cientos como en el primer pueblo, ni miles como en Nantes. Eran millones. La lluvia había apagado los fuegos, pero la carne ya estaba quemada y humeando.

Se bajaron del coche sin saber qué hacer ahora, sabiendo que ya daba igual, y deambularon por la ciudad. Hasta que les apuntaron.

- ¡Quietos ahí! – gritó una voz en francés.

Y se quedaron quietos. Cuatro hombres armados con ametralladoras se acercaron a ellos.

- ¿Quiénes sois? ¿Eso es un bebé? ¿Quiénes sois?

Leeland explotó.

- ¿Lo habéis hecho vosotros? ¿Les habéis matado? – hablando en inglés.

Se acercaba hacia ellos lentamente, lleno de rabia, a punto de causar algo peor.

- No – dijo Gilles, y continuó en inglés -. ¿Quién coño sois vosotros?

Leeland no parecía entender lo que pasaba, lleno de ira como estaba. Paul le paró y habló.

- Somos americanos. Bueno, él no. Ni el bebé. Sufrimos un accidente de avión cuando nos íbamos y hemos visto esto por todas partes. Un pueblo primero, y luego Nantes, y vimos a los que lo han hecho salir hacia aquí. Intentamos llegar antes para avisar.

- Dios... – dijo Gilles, bajando el arma -. Nantes... ¿Sabéis si ha pasado en más sitios? ¿Qué ciudades han sido masacradas? ¿Es sólo en Francia?

- No tenemos ni idea. Intentamos avisar -. A Paul se le escapaban las lágrimas.

- Joder... Venid -. Empezaron a andar todos -. Hemos estado buscando supervivientes, masuds o no. Marcan con pintura verde a los que no lo son. Gracias a eso hemos conseguido salvar a unos cuantos. Ha sido una locura. Son muchísimos, con armas y vehículos militares. Tanques. Ya no sabemos qué hacer. Los edificios del gobierno están destrozados. Los han matado a todos. ¿Y el bebé?

- Lo encontramos llorando en... ¿cómo se llamaba? El pueblo donde llegamos.

- ¿Llorando? Eso es bueno. Es aquí.

Entraron en un edificio y subieron un par de pisos por las escaleras. Una de las puertas estaba abierta. Dentro, atado y amordazado, se encontraba un hombre. Tenía sangre en la cabeza y un moratón en el ojo, pero la hemorragia había parado. Un par de mujeres le apuntaban con pistolas.

- Es uno de ellos – dijo Gilles.

- La Humanidad – dijo Paul.